



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año V | Número 19 | Diciembre 2024

Perú, estabilidades de un país en crisis

Florencia Tursi Colombo

ftursicolombo@gmail.com

Una dinámica peculiar de crisis y estabilidad caracteriza al escenario político peruano. Crisis y estabilidad se dan en simultáneo y en una lógica específica que consiste en una recurrente crisis producto del cambio de figuras políticas, el reemplazo de presidentes y el malestar ciudadano, y una invariable estabilidad del sistema neoliberal, de las políticas implementadas y de los pocos beneficiados con ellas y de las grandes desigualdades.

En Perú, mientras los personajes políticos cambian, la lógica de fondo permanece. Hay una constante crisis producto del cambio de presidentes, ministros, etc y al mismo tiempo, hay una constante estabilidad de un sistema político-económico. Lo que lleva a pensar, adelantando conclusiones, que aquello que llamamos como el sistema peruano es una dinámica que favorece el cambio o el movimiento abrupto de personajes en el ejecutivo en pos de la estabilidad macroeconómica y de profundos poderes políticos detrás de ella.

Si bien es una lógica con un sentido ya que funciona constantemente así, parece una paradoja ya que, los opuestos, lo estable y lo agitado se dan al mismo tiempo y se implican mutuamente. Para mantener la estabilidad neoliberal se necesitan crisis superficiales que den la apariencia de una agitación constante provocando unos someros cambios en donde lo fundamental no varía. Como consecuencia, se produce un absurdo en el cual la crisis misma se ha transformado en algo estable. Parfraseando a un famoso meme, en Perú hay crisis política “no importa cuando leas esto”.

Lo estable, aunque paradójico

A menos de un mes de asumir, en agosto de 1990, el Primer Ministro del Presidente Alberto Fujimori, Juan Carlos Hurtado Miller, anunció por televisión una estrategia para combatir la hiperinflación que acechaba al país desde la década del 80, lo que luego se conocerá como el *fujishock*: la eliminación de los subsidios estatales a los productos de la canasta básica como la leche, el arroz, el pan y el azúcar y su igualación con los precios internacionales. Asimismo, el Estado dejaba de regular el precio del dólar, al libre juego de las fuerza del mercado. Famosa se volvió su frase luego del anuncio, “Que Dios nos ayude”.

Se abrió así la puerta para la llegada de una economía de mercado que se distanciaba de los proyectos nacionalistas y desarrollistas que habían gobernado el país desde los 60s. Bajo la justificación de efectividad, eficiencia y lucha contra el terrorismo, el presidente Fujimori impuso una agenda neoliberal con características propias.

Un neoliberalismo que combinó autoritarismo, ya que fue el producto del autogolpe de 1992 en el que Fujimori cierra el Congreso y lanza una nueva Constitución, con una sensibilidad peculiar por lo popular. Una vez recuperada la democracia, en 2001, ninguna fuerza política ni movimiento social, por más crítico del neoliberalismo, ha logrado desarticular ese discurso que se ha instalado en el sentido común. Por el contrario, en el siglo XXI se construyó un nuevo relato, ya en democracia y por fuera de las reformas de Fujimori, sobre el supuesto éxito y estabilidad del caso peruano.

Los años 80 del siglo XX estuvieron marcados en Perú por la llegada a la presidencia del APRA, por primera vez desde su creación. Se abría un contexto de esperanzas para las izquierdas -con el gobernador Alfonso Barrantes de Izquierda Unida en Lima- y los movimientos nacionalistas que apoyaban al APRA y al programa económico heterodoxo que impulsaba su gobierno.

Aunque Alan García debió cambiar sus proyectos y objetivos durante la presidencia, en primer lugar por estallido del conflicto armado interno y en segundo lugar, por la difícil situación económica.

El principal proyecto que fundamentaba el programa heterodoxo, la estatización de la banca, fue enviado al Congreso para su debate y aprobación en el año 1987, sin embargo se encontró con la oposición de la elite económica que impidió los cambios económicos dejando lugar a la hiperinflación, cercana al 3000%. La élite económica se había agrupado por aquellos años, en 1984, en una institución denominada la CONFIEP, Confederación Nacional de Instituciones Empresariales Privadas. La CONFIEP se creó para defender y representar a todos los capitales privados del Perú en todas sus ramas y actividades.

Asimismo, las izquierdas se vieron relegadas al segundo plano dentro de la confrontación armada entre el Estado y el grupo guerrillero Sendero Luminoso. La

guerra interna destruyó la imagen democrática de las izquierdas peruanas teniendo que, en los sucesivos años, reconstruirse. Mientras que, Alan García, se refugió en las fuerzas armadas provocando incalculable cantidad de muertes.

La elección de 1990 fue emblemática, se dio una segunda vuelta entre el prestigioso escritor Mario Vargas Llosa quien se había metido en política en los 80 criticando a Alan García y proponiendo una agenda neoliberal, para ello contaba con el apoyo de la CONFIEP y de los grandes medios de comunicación; y por el otro lado, un outsider de la política, el ingeniero Alberto Fujimori. Se produjo la gran sorpresa, ganó Fujimori. Fue, en principio, una sorpresa porque Vargas Llosa, además de reconocimiento y prestigio, representaba al neoliberalismo con el consenso de la élite económica para llevarlo a cabo. En cambio Fujimori se rodeó de medianos comerciantes, pymes y evangélicos, apuntando al elector de clase media con una posición política ecléctica. Más allá de la sorpresa electoral, la hiperinflación y el conflicto armado continuaron siendo una constante durante los primeros años de 1990, precisamente hasta 1992 con el inicio del golpe fujimorista.

En 1992 Fujimori cierra el Congreso y lanza una nueva Constitución, con un doble objetivo, frenar la inflación ya que, según él, la Constitución vigente impedía al gobierno o al ministro de economía hacer lo necesario para detener la inflación; y en segundo lugar, terminar con Sendero Luminoso, para Fujimori el Congreso entorpecía el funcionamiento de la nación por lo que cerrar el Congreso le permitió, a través de maniobras por fuera de la legalidad, capturar a Abimael Guzmán, líder de Sendero Luminoso.

La reapertura del Congreso y el llamado a un referéndum para la aprobación de la nueva Constitución en 1993 conforman un intento de darle un marco de legitimidad a los abruptos hechos y ocultar las sucesivas violaciones a los derechos humanos que se seguirán dando durante todo el fujimorato.

A sus propósitos, el autogolpe le fue útil a Fujimori. Cerrar el Congreso le permitió terminar con el grupo Sendero Luminoso y la nueva Constitución le permitió avalar toda una serie de reformas estructurales de la economía que detuvieron la inflación e implicaron la entrada del programa económico que impulsaba su contrincante electoral. No sólo entró, sino que también se asentó el neoliberalismo en tres niveles,

tal como sostienen Lynch y Fernández Maldonado (2016). El primer nivel lo denominan como económico y consistió en la privatización, concentración y reprimarización de la economía. Se desmantelaron pequeñas y medianas empresas, en su mayoría cooperativas, creadas en los 70 con Velasco Alvarado y comenzó a perfilarse una economía dedicada a la exportación casi exclusiva de minerales concentrando las ganancias en una pequeña elite.

En los 90 la elite va a forjar su hegemonía, esto implicó una segunda característica del neoliberalismo peruano que es la que los autores denominan como política, el control del Estado por parte de la elite agrupada en la CONFIEP. Es el inicio de la tecnocracia, lo que muchas veces suele llamarse como la despolitización del Estado pero en realidad sigue habiendo política, una política ligada a la lógica del mercado, la especulación y los negocios.

El tercer plano es el nivel ideológico del neoliberalismo. El modelo impuesto por Fujimori en los 90 implicó una adaptación del neoliberalismo a las necesidades y demandas del peruano promedio. Entonces, no fue solo un modelo económico y político sino también una ideología en donde lo que importa es el esfuerzo individual y el éxito en los negocios. Se desmanteló la política social del Estado y a partir de entonces, cada uno a través del esfuerzo individual debió garantizarse su propio bienestar.

Para algunos, Fujimori se transformó en el “salvador”. Se habla del “mito del salvador” o la “memoria salvadora” para referirse a quienes reivindican a Fujimori por haber terminado con el conflicto armado interno y haber sacado al país de la hiperinflación.

En el año 2000 se desarticuló el discurso fujimorista saliendo a la luz los escándalos de corrupción por malversación y apropiación de fondos públicos, sobornos a congresistas y medios de comunicación, persecución a periodistas y políticos opositores e incluso los secuestros del periodista Gustavo Gorriti y el empresario Samuel Dyer. A lo que se sumó los escándalos de las masacres de Barrios Altos (1991) y La Cantuta (1992) llevadas a cabo por el grupo militar Colina en las que murieron inocentes sospechados de terroristas.

En los últimos años del gobierno de Fujimori se fue forjando una oposición en el Congreso ganando la fuerza suficiente como para destituirlo por “incapacidad moral”, luego de que Fujimori intentó dimitir a su cargo desde Japón para evitar ser juzgado y encarcelado. Se estableció un gobierno intermedio a cargo de Valentín Paniagua y se llamó a nuevas elecciones democráticas.

Desde entonces, se han celebrado elecciones presidenciales, Alejandro Toledo (2001-2006), Alan García en su segunda presidencia (2006-2011), Ollanta Humala (2011-2016), Pedro Pablo Kuczynski (2016-2018) y Pedro Castillo (2021-2022). Todos han ganado elecciones promoviendo cambios y criticando al fujimorismo aunque al llegar a la presidencia ninguno realiza dichos cambios, por el contrario, perpetúan y profundizan el mismo modelo neoliberal de Fujimori. Las políticas que aplican son las mismas, la Constitución vigente es la que sancionó Fujimori y permanecen los mismos personajes “técnicos” a cargo de puestos clave de decisiones económicas.

Lo agitado y la pregunta por la democracia

Desde la vuelta a la democracia en 2001, se han respetado las elecciones y no se han puesto en duda los resultados electorales. Sin embargo, esto no impidió que se modele una crisis política que se basa en la ausencia de proyectos o programas transformadores y que se expresa en una crisis de representación. Dicha crisis tiene dos aspectos, por un lado el malestar ciudadano, la insatisfacción producto de que a quienes votaron para que los representen no cumplen sus promesas de campaña, y por el otro lado, la impermanencia de las figuras políticas, que es expresión de una suerte de empate entre los poderes legislativo y ejecutivo que impiden que se avance en cambios provocando renunciadas o reemplazos de gabinetes y las mociones de censura que aprueba el Congreso. Dado que los candidatos ganan elecciones con bajos porcentajes de voto, se conforman Congresos fraccionados en varias agrupaciones políticas dificultando la gobernabilidad.

Lo más trágico se expresa en el uso de la “vacancia presidencial”, una potestad que tiene el Congreso para sacar a un presidente casi sin necesidad de un justificativo, sino sólo la “incapacidad moral”, la cual ha quedado al criterio de los congresistas, siendo utilizada de manera arbitraria profundizando la crisis y en complicidad del

poder judicial y los “escándalos de corrupción” tan difundidos por los medios de comunicación ahondando en la sensación de malestar y apatía política.

Los últimos 2 presidentes electos no han podido completar su mandato y en los últimos 8 años hubo 6 presidentes distintos, algunos electos, otros designados por el Congreso en medio de la crisis política.

Lo único permanente en el escenario es el fujimorismo. Tanto como fuerza política, como proyecto y sobre todo, como rechazo. El rechazo social al fujimorismo es una de las expresiones electorales más fuertes generando un antagonismo, fujimorismo vs anti-fujimorismo. Se ve claramente en las últimas elecciones presidenciales en las que se enfrentaron en balotaje la candidata fujimorista, hija del ex-presidente, Keiko Fujimori con Humalla en 2011, con Kuczynski en 2016 y con Castillo en 2021, resultando ganador en todos los casos el candidato no fujimorista. Todo el espectro político se alinea en las elecciones para impedir la llegada de una nueva Fujimori a la presidencia e incluso ha sido crucial el voto de la izquierda para definir la elección, al grito de “*iFujimori nunca más!*”.

El rechazo que provoca Fujimori ha dado como ganadores a distintos presidentes que promovían cambios en la agenda política pero en la práctica mantuvieron el mismo modelo. Aunque no se sostiene al neoliberalismo de la misma manera que se dio en los 90. Este es un punto a señalar como distintivo en el que habría que preguntarse si tiene sustento hablar de continuidad del proyecto fujimorista ya que han sucedido en democracia una serie de cambios que dieron lugar a una nueva forma de entender la economía peruana, es lo que se llama como el milagro económico peruano.

No fue casual que el BCRP (Banco Central de la República del Perú), con el visto bueno del FMI (Fondo Monetario Internacional) usara ese término para describir la economía de inicios del siglo XXI. El BCRP va a ser la institución que encarna al neoliberalismo post-Fujimori. Es decir, se saca al neoliberalismo de la esfera del personaje político y por fuera del autogolpe para encauzarlo por “vías democráticas”. Durante los 90 el neoliberalismo era una herramienta política usada de manera clientelar y autoritaria, con el BCRP el neoliberalismo pasa a otra esfera.

El BCRP construyó un modelo neoliberal que se presenta ante la sociedad peruana y ante el mundo como exitoso, ese es el milagro peruano. Cabe aquí la pregunta que se hace Nicolás Lynch (2017) “¿es posible un gobierno democrático del neoliberalismo?” siendo que se construyó de manera autoritaria por Fujimori. El milagro económico peruano vino a demostrar que era posible profundizar un neoliberalismo que, pese a las distintas figuras políticas, se mantiene y permanece en democracia. Aunque no ganó en elecciones, todos esos candidatos promovían lo contrario, entonces ¿es democrático?

La población percibe que nada cambia pese a los vertiginosos cambios políticos. La aparente estabilidad económica de ese modelo “exitoso” en medio de la crisis da cuenta de un profundo problema político. La economía no cambia, mantiene su moneda y su baja inflación, pero esconde a una elite, que no fue democráticamente electa, que es la que en verdad toma decisiones y regula, pasando por encima de las iniciativas y de los representantes democráticos del pueblo.

El cuestionamiento a la democracia peruana no es nuevo, al respecto, Anahí Durand (2023) recuerda que el régimen político que está vigente fue impuesto por el autogolpe de Alberto Fujimori en 1992 y renovado en la transición del 2001. El triunfo de Pedro Castillo en 2021 canalizó las expectativas de los sectores más excluidos. Pero al asumir, debió enfrentar el permanente obstruccionismo de los grupos de poder atrincherados en el Parlamento en contubernio con la Fiscalía y los grandes medios de comunicación. Su objetivo siempre fue impedir un mandato a favor del pueblo.

El nudo de la democracia peruana está en la interpretación sobre la soberanía. En la teoría, la soberanía recae en el pueblo, principio básico que fundamenta la construcción política según la cual se accede a las urnas para elegir a representantes. Sin embargo, el marco institucional va en contra de tal principio, la situación de empate entre poderes genera impedimentos para gobernar y por ende, la sensación de estancamiento. El Congreso sumando 87 votos puede casi sin motivo sacar del cargo a un presidente votado por el pueblo, esto tensiona con la voluntad popular.

Se genera un cuestionamiento del pueblo hacia las formas de organización representativa del Estado. Esto se basa en que esas instituciones van en contra de las decisiones de dicho pueblo. Son instituciones deslegitimadas porque no respetan la opinión que emite el pueblo en las urnas. Por ello cabe la expresión de “estafa electoral”, porque quien gana una elección no es quien gobierna, por un lado, porque hay unas instancias de poder más profundas ligadas a la tecnocracia que hizo suya la agenda de Fujimori, y por el otro lado, porque las figuras en el ejecutivo son fácilmente reemplazables con el objetivo de seguir el libreto preestablecido.

En esta línea, Carlos Alberto Adrianzén (2014) sostiene la idea de que hay “una obra para varios elencos”, el manuscrito es siempre el mismo, solo cambian las figuras políticas que lo aplican. Citando a Alberto Vergara (2012), Adrianzén explica que en Perú existe un “macroarreglo institucional” que consiste en una serie de pautas inamovibles de relación entre el Estado, el mercado y la sociedad civil que han surgido con la promulgación de la Constitución y se expresan en la esfera económica en el modelo de desarrollo neoliberal.

La particularidad de la inestabilidad del Perú es que la crisis de representación es llenada y ocultada por otras instancias. La económica funciona como principal factor para ocultar aquello que está mal. La estabilidad macroeconómica da una noción de consenso que legitima el accionar de la elite y de los técnicos que la ejecutan. Mientras que, los cambios de los personajes políticos son maniobrados por el Congreso buscando, a través del reemplazo de algunos cuestionados por otros con mayor legitimidad, llenar la representación dando una aparente respuesta a las críticas sobre el lazo roto de la política entre representantes y representados. Sin embargo, no es suficiente para resolver la crisis.

La crisis política no ha podido solucionarse cambiando a los presidentes ni manteniendo estable la economía, sino que estos aspectos son parte y definen las características de la crisis, a lo que se le suman algunos elementos adicionales. En primer lugar, que no hay un clivaje izquierda-derecha, las fuerzas políticas son policlasistas y no existe un nivel de representación de clases, por el contrario, la agenda neoliberal se instaló con componentes sumamente populares generando arraigo social en los sectores más bajos. En segundo lugar, esto ha provocado que

las movilizaciones sean dispersas, esporádicas, como estallidos respecto a coyunturas específicas pero no se mantienen en el tiempo ni consiguen articular una crítica sostenida. Dichas movilizaciones no logran representar a sectores sociales organizados en torno a ideologías, por el contrario, la dispersión es muy grande, por ejemplo, quienes se sienten interpelados como mineros artesanales y han salido a movilizarse en las últimas semanas cuando el Congreso intentó sancionar una ley para impedir su actividad, no se sienten interpelados en otras instancias de movilización como la de los maestros rurales, cada uno reclama solo lo suyo. En tercer lugar, que no hay un sistema de partidos nacional, lo que se da es una proliferación de partidos que varía en cada elección, muchos de ellos que surgen a nivel regional y representan regiones, y otros tantos funcionan como cascarones vacíos ya que han sido creados por quienes tienen los contactos, la influencia y el poder económico para hacerlo.

A modo de conclusión

Perú era considerado como una excepción en la región, hasta hace un tiempo. Mientras los países de suramérica iban en un sentido político y económico, Perú iba en uno contrario. Aunque esto ha cambiado en los últimos años. Lo que sucede en Perú, su estabilidad en la crisis constante, se parece a lo que está comenzando a suceder en otros países.

Recientemente el politólogo Andrés Malamud dio una conferencia sobre lo que tituló como “la paradoja peruana: estabilidad económica en medio de la inestabilidad política”. Ya mencionamos a Adrianzén quien caracteriza a la “estabilidad dentro de la inestabilidad” y la “inestabilidad dentro de la estabilidad”. Por otro lado, Guillermo D. Olmo, corresponsal de BBC News, señala que Perú vive una crisis política permanente, pero la economía sigue un derrotero diferente. Hoy abundan los análisis sobre la dinámica de la inestabilidad y la estabilidad del Perú. Con esto quiero decir que el presente texto no se destaca por su originalidad, sino por sintetizar un análisis un poco más profundo sobre la problemática de la crisis con estabilidad que caracteriza al país.

Al incorporar elementos como la democracia y la voluntad popular, cuyo análisis en detalle excede a estas líneas, buscamos indagar en el nudo del problema, tal vez dejando más preguntas que respuestas.

No hay una definición cabal sobre la crisis del Perú pero está claro que algo de la génesis está en lo ocurrido en los años 90, desde entonces no se ha logrado desarticular esa lógica que se ha instalado en el sentido común. Algunos de los rasgos que pudimos identificar de la crisis política son los de una crisis de representación con malestar ciudadano y apatía dado el incumplimiento de las promesas de cambio y la ausencia de proyectos alternativos, la inestabilidad de los gobiernos producto del empate entre el ejecutivo y el legislativo y los reemplazos de los presidentes.

Es innegable el lazo entre el neoliberalismo y el fujimorismo. Señalamos que hay solo dos cosas estables en el escenario, desde lo económico, el neoliberalismo y desde lo político, el fujimorismo. Ambos son los únicos espacios políticos e identidades que permanecen desde los 90 hasta la actualidad. Otro lazo en común es el del rechazo que generan, el fujimorismo no ha podido, hasta ahora, volver a ganar en elecciones y lo que la crisis expresa es la búsqueda de alternativas pero que no consiguen por donde encauzarse.

La pregunta que planteamos por el sustento del proyecto fujimorista cobra sentido desde este punto de vista, si el fujimorismo causa rechazo ¿cómo es que se ha mantenido el mismo modelo neoliberal?

La respuesta puede encontrarse al indagar en la crisis. La crisis se ha transformado en algo estable, en la sensación de estancamiento y de que nada fundamental cambia. Esta es posiblemente la lección fundamental que nos presenta el caso peruano: quien triunfa en una elección puede no ganar nada, viéndose impedido por otras instancias de poder de gobernar; los líderes políticos aparecen diluidos, borrosos y por ende, fácilmente reemplazables; y la ausencia de intentos transformadores que mejoren la vida de la población llevan a cuestionamientos al sistema democrático-representativo de gobierno.

Bibliografía

Adrianzén, C. A. (2014): “Una obra para varios elencos. Apuntes sobre la estabilidad del neoliberalismo en el Perú”; Nueva Sociedad N°254.

Durand, A. (2023): “La democracia (im)posible”; La Línea: <https://lalineape.com/la-democracia-imposible-por-anahi-durand/>

Lynch, N. (2017): “El gobierno según Pedro Pablo Kuczynski”; Nueva Sociedad: <http://nuso.org/articulo/el-gobierno-segun-pedro-pablo-kuczynski/>

Lynch, N; Fernández-Maldonado, E. (2016): “Una crisis en ciernes”; Le Monde Diplomatique: Explorador Perú: La ilusión del progreso; Cuarta serie, Creusa Muñoz (comp.), Capital Intelectual, Buenos Aires. ISBN: 978-987-614-521-3.

Vergara, A. (2012): “Alternancia sin alternativa: ¿Un año de Humala o 20 años de un sistema?”; Argumentos año 6 N° 3.